
EL "CHIQUITITO"

A Monina.

I

¡Cuánto diera por tender sus alas de cromo en aquella azul inmensidad! ¡Con qué rabia de placer se hundiría en el verde lujurioso de la fronda exuberante! ¡Cómo picotearía allá arriba en la cúpula chispeante que parecía una joya monstruosa bañada por el sol!

El pobre *Chiquitito*, el infeliz canario, tenía sed de las aguas de un charco, en el que se retrataban una rosa anémica y un girón de nube que pasaba lentamente por el cielo Ansiaba remover las parduzcas hojascas, esconderse en las macetas rotas, posarse en las cornisas musgosas y bañarse en el charco, aquel luminoso charco hacia el cual tendían sus cuerpos viscosos los rastros caracoles, y parecía fascinar con su juego de reflejos y colores a las lagartijas, que lo

miraban de hito en hito deslumbradas y con aire de fakires en éxtasis.

Muy tibia debía ser la verdosa penumbra del jardín abandonado. Se adivinaba un estanque a lo lejos, la luz jugaba en sus hondas, islotes de verdura surgían de sus aguas turbias, que se derramaban lamiendo las paredes, y deslizándose por un peldaño carcomido hasta morir, silenciosas y tranquilas, en un caño de perezosa y plácida corriente.

Había muchos pájaros en aquel jardín, los veía retornar a los árboles cuando iba a llover, oía en las tardes su loca algarabía, en las mañanas su bullicioso despertar, y a toda hora aquel diálogo de una rama a otra rama y de un nido a otro nido.

A las ocho de la mañana la animación llegaba a su colmo: no había un pájaro ocioso, todos iban y venían con no sé qué aire de animales ocupados, y él los miraba pasar, tan acostumbrado a sus caricias, que podía distinguirlos. ¡Pobre cautivo! Su distracción única era dominar con la mirada la acera de enfrente, derruida tapia de una iglesia, tras la cual el enmarañado follaje del jardín lucía sus pompas y del cual parecía levantarse una torre sin campanas habitada por golondrinas.

Reía el sol en los azulejos de la cúpula, sonrosaba la pintura que se desprendía por placas de la piedra y daba una variedad mágica de colores a las frondas casi amarillentas en los tiernos retoños y oscuros, profundos, lujuriosos en el follaje vigoroso y desarrollado... abismo verde del que surgía el cáliz de colores vivos de una flor o aquella parvada de pájaros, incansables, alegres, charlatanes, que desparrramaban en el aire una lluvia de trinos, escalas, notas agudas... un himno de alegría en aquel espacio azul, en aquel cielo de mañana húmeda y sol tibio.

Se agrupaban en el alambre de un teléfono, haciendo temblar las gotas de la última lluvia y las em-

papadas colas de los papelotes, harapos caídos allí como en la cuerda de un tendedero. De dos en dos se destacaban en el horizonte, alisábanse las plumas y derrepente ¡arriba! tendían las alas y se lanzaban al macetón de barro de una azotea, gritaban desde ahí a un ejército de gorriones que iba de paseo, lo seguía en el aire hasta el borde de una tapia, se hablaban, se despedían abatiéndose en la calle solitaria, dando nerviosos saltitos en el empedrado, buscando granos y levantando el vuelo en medio de píos de susto, cuando el paso de un transeunte o el rodar de un coche interrumpían la calma del barrio.

En el follaje, los chicos que no volaban hacían su desayuno armando atroz alharaca, los padres se asoleaban muy serios en las altas ramas y las madres repartían los granos...

Pasaban frente a su jaula sin hacerle caso o se detenían para recoger los *alpistes* que se habían caído o para arrancar una flor de nabo.

Les hablaba, les decía cosas capaces de enternecer a un vendedor de pájaros, pero ellos no le hacían caso, no entendían su idioma... No hablan el mismo las aves educadas en las frondas y los prisioneros de las jaulas.

¡Pobre canario, desplumado y viejo!... Nacido en la canasta llena de hilas de una pajarera, regalado en una jaula dorada, encerrado en incómoda prisión de hoja de lata, siempre los mismos actos, saltar del *palito* al piso inmundado, de ahí al juguete de cristal cuajado en que se sacudía para bañarse, comer el *alpiste* de un bote de *cold-cream*, alimentarse con las florecillas de nabo y resistir todas las mañanas el «¿Qué dice mi diquitito?» de aquella señora sin dientes que osaba chiflarle... Moríase de rabia, saltaba azotándose en los alambres y le gritaba insulto y medio, y la señora, entendiendo lo contrario, tornaba a decirle con desesperante dulzura:

—«¿Quién es mi güerito? ¡Mírenlo qué mono, qué contento! ¿Pi, pí, pí?»....

Y restregaba con fuerza el piso con la escobeta y le chiflaba....

El infeliz animal ladeaba la amarilla cabecita, fulguraban sus ojillos negros y trémula el ala, escuchaba aquellas ternezas que lo desesperaban.... Arrojava una interjección en un trino y se encerraba en un mutismo absoluto, fija la mirada en el balanceo caudencioso de las frondas y el vuelo sesgado y elegante de las golondrinas.

Las hembras, al pasar, lo miraban contristadas por su cautiverio. Hubo alguna que le lanzó un requiebro, era una gorriona de mal vivir, pintarrajeada de lodo, ebria consuetudinaria, arrojada de todos los nidos honrados y segregada allá, a un montón de escombros, del que huía todo pájaro de honestas costumbres.

—Adios, lindo.... Sal un momento....

—No puedo, mi vida....

—Mira, dame un poco de tu alpiste entonces.... Yo que tú, esperaba un descuido y ¡fuera! ¿De dónde eres?

—De México, y ¿tú?

—¿Yo? ¿Qué no me lo conoces en los ojos? Soy tapatía.... Vine con una compañía de zarzuela.... y ¡la de malas!.... mi marido, un tenorcillo del tres al cuatro, me abandonó y aquí me tienes.

—Pues qué ¡eres casada?

—Viuda, tú.... Ya él murió. «Quien mal anda, mal acaba».... era un perdido.... muy calavera.... se lo llevó una anemia cerebral, ¡era de esperarse!.... Conque, adios, buen mozo....

Y la alegre muchacha volaba a escandalizar al barrio de un *pirú* con su modo de volar desgarbado y sus maneras impropias de una gente decente.

No faltó quien aleccionara al canario y lo pusie-

ra al tanto de la vida y milagros de la *marimacho*.

¿Qué dirían las gentes al verlo platicar con una cualquiera? ¿Con tanto descaro, a las doce del día, cuando se asomaban al balcón las niñas decentes de los nidos?

Había sido la única compasiva, y la amó por eso. ¿Quién hace caso de calumnias? Y calumniaban a aquella Virginia con alas.... ¿Qué había de saber de mundo un pájaro que no había salido nunca de los cuatro alambrados de su jaula?....

—Ahora sí.... ahora sí....—Y mientras ella soplabla el polvo del alpiste, empujó la puerta y ¡fuera! Lanzó agudo trino esponjando sus plumas, se lanzó, y en su furioso vuelo tropezó con el cielo raso.

Entonces la señora, fuera de sí, sofocada, trémula, lanzó este grito desgarrador:

—¡Cierren, cierren! ¡Se ha volado el *Chiquitito*! ¡Se ha salido de la jaula el *Chiquitito*, cierren!.... ¡Se escapa el *Chiquitito*! Y cerraban puertas.... ¡Pero el *Chiquitito* estaba en el corredor, agarrado con las rosadas patitas a una cabeza de viga....

Abajo, el desorden era atroz. Toda la vecindad se había reunido y hablaba a gritos, el portero empuñaba una escoba, las señoras se habían armado con toallas y plumeros, y una niña sin corazón gritaba:

—¡La regadera, pronto!

Los pájaros enjaulados de la vecindad le gritaban:

—No seas tonto, vuela, vuela.... escápate, ahí te van a matar.... Y hasta el gato, que dormitaba en la sombra, se había desperezado estirándose, lamiose los bigotes, y sentado sobre las patas traseras, balanceando la cola, ladeaba la cabeza, lo miraba

con sus grandes ojos amarillos, en traidora actitud, en cruel acecho. El *Chiquitito* estaba atarantado con los gritos; no sabía que hacer; volaba y ¡paf! una toalla hecha bola amenazaba aplastarlo; los plumeros lo azotaban, y un chorro de agua estuvo a punto de alcanzarlo....

Ardientes los ojillos, abierto el pico, jadeante, esponjadas las plumas, torpes las alas, iba y venía tropezando, fatigado de volar, hasta que hizo un esfuerzo supremo y... estaba en pleno azul, muy alto, parecía una ascua amarilla en el espacio... Todos salieron al balcón, los léperos sin corazón le arrojaban sombreros y frazadas, trapos y piedras, hasta que, desfallecido, se abatió en la tapia del jardín...

Huían, al mirarlo, los otros pájaros, y la gorriona, la querida gorriona, volaba *con otro*, espantada de la rechifla que armaban en la calle los vecinos...

—¡Vete!—le gritaban de los nidos—vuela, te cogen, y voló... Tendida el ala en un último esfuerzo, remontose para caer, lanzando un trino de dolor: un chorro de agua, un cañonazo, la geringa de las macetas, manejada por hábil enemigo, lo había alcanzado, no supo más y se desmayó, para despertar en su jaula...

—Más vale: huía por ella y ella huyó con otro. Más vale morir. Y cerrados los ojos, escondida su cabeza bajo el ala... ¡Adiós, cielos azules, adiós, frondas verdes, adiós, coquetas mariposas, adiós, soñada libertad, adiós todo! Y presa de profunda tristeza, no volvió a abrir el pico.

III

—Tú tienes la culpa—decía la señora a la criada—
tú tienes la culpa: te dije que le pusieras el trapo por-

que lo quemaba el sol, míralo cómo está sofocado... ¡pobrecito! ya no canta... y cierra los ojitos...

El *Chiquitito*, abatida la cabeza y entrecerrados los ojos, yacía en el suelo y agitaba su pecho un jadeo intenso, parecía sofocado y se tambaleaba con la debilidad que precede a la muerte.

—Se ha asoleado, es lo que tiene... Abrieron la jaula, entró una mano y él se dejó tomar sin un solo aleteo, sin que agitara sus alas el más leve estremecimiento. Oyó que le decían palabras muy tiernas, que lo escondían en un regazo, le alisaban las plumas con la mano y le echaban vaho... Pero no abrió los ojos... Lanzó una última *boqueada*... Se fué enfriando poco a poco, cayó la cabecita sobre el pecho... ¡Estaba muerto!...

—¡Pobrecito *Chiquitito*!—dijo la señora. Y los niños se apoderaron del cadáver, aventáronse con él, y por último, entre risas y gritos, lo enterraron en una maceta... Pobre tumba, en la que yace un abrojo; pobre tumba, sin flores, profanada por los gatos y que suelen ver los pájaros con tristeza, la *gorriona* no ha pronunciado en ella una sola oración, y otras hembras apenas la han visto con esa curiosidad que inspira la última morada de un personaje de novela... un Romeo, un Abelardo, un Pablo infeliz...

Una jaula vacía en el techo de una covacha, habla a los que pasan de un dolor desconocido... y dió motivo a un *zentzontli* romántico para hacer esta reflexión... ¡Cuántas almas se parecen a esa jaula vacía, cuando las abandona una ilusión...! ¡Cuántas ilusiones se parecen al pájaro prófugo... enterrado en una maceta... sin flores, sin lágrimas, sin epitafios, con un abrojo y profanada por los gatos! ¡La tierra le sea leve!

EL CHATO BARRIOS

El *salón* de nuestra escuela estaba inconocible, salón de escuela de barrio que, gracias a muebles alquilados, había perdido su aspecto lamentable de otras veces. El heno y las ramas de ciprés, colocadas profusamente a lo largo de las manchadas paredes, banderas tricolores de papel y águilas empleadas para fiestas cívicas, servían de altar a grandes retratos de Hidalgo, Juárez y otros héroes, amén del Corazón de Jesús, iluminado, inmediatamente arriba de una esfera terrestre cubierta de crespón.

Barrido el piso de ladrillos y en vez de bancas, triple hilera de sillas austriacas que, arrancando de la mesa, cubierta por un tápalo chino, terminaba junto a la puerta de la Dirección.

Era el día de premios, ese gran día para la infancia de aquellos rumbos, luminoso día para los padres de familia y de constante preocupación para el Sr.

Quiroz (q. e. p. d.) y su ayudante, el paupérrimo cuanto simpático Borbolla.

Recuerdo que dos días duraba la compostura del salón, en la cual tomaban parte activa unos vecinos, la criada y aquellos alumnos que se distinguían por su juicio y mayor edad.

Las economías del año se empleaban en comprar libros baratos y en imprimir los diplomas cuya idea —una matrona rodeada de chicuelos que cargaban escolares atributos— pertenecía a Borbolla.

Libros y diplomas, atados con listones de color, se hacinaban en la mesa a los lados de un tintero de porcelana, dos candelabros con velas jamás encendidas y amarillentas ya, y un par de bustos de yeso, representando a Minerva el uno y a Minerva también el otro.

Se alquilaba un piano y en él lucía sus anuales adelantos la Srita. Peredo, tanto en el piano como en el canto. Era el factótum, y desempeñaba todo lo concerniente a la parte musical, inclusive el acompañamiento de las fantasías que sobre viejas óperas ejecutaba un antiguo tocador de flauta, Bibiano Armenta.

Hémos aquí desde las siete de la mañana, muy lavados, con traje nuevo los unos, cepillado y remendado los otros, sin adorno alguno los más. Pobres niños de barrio, hijos de porteros, artesanos y gente arrancada, que no podían hacer más gasto que el de medio real: cuartilla para pomada y cuartilla para betún. ¿Pero el traje qué importaba? Todos éramos felices, y sin parpadear, colgándonos los pies, nos sentábamos en las altas bancas, con los brazos cruzados, contemplando un sillón, miembro de no sé qué ajuar de reps verde, en el que debía tomar asiento, frente a la mesa, un eclesiástico, me parece que canónigo o cura de la parroquia, que siempre presidía el acto y era el gran personaje.

Llegaban las familias sin que nadie se moviese: se-

ñoras de enaguas ruidosas y rebozo nuevo, papás de fieltro o sombrero ancho, con ruidosos zapatos y que cruzaban sobre la barriga las manos o se acariciaban las rodillas; niñas de profusos rizos y vestidos de lana. . . . Las personas distinguidas eran invitadas por el Sr. Quiroz para tomar asiento en la primera fila, en la que, vestida de blanco, con zapatos bajos, listones tricolores y pelo espolvoreado con partículas de oro o hilos de escarlatina, estaba ya la Srita. Peredo, muy tiesa y empuñando el enorme rollo de piezas de música.

Sordo y elocuente murmullo se levantaba del salón, cuando se presentaba en escena la familia de Isidorito Cañas, el Sr. Quiroz bajaba las escaleras, Borbolla se apoderaba de una de las niñas, los hombres se ponían en pie y las mujeres miraban con respeto casi, a la familia que vestía de seda, usaba costosos sombreros, claros guantes y deslumbrantes abanicos.

Isidorito separábase de la familia para ocupar su puesto en la banca, y todos lo mirábamos de hito en hito, cada año estrenaba traje y cada año se sacaba el premio y cada año se lo disputaba ¡oh, coincidencia! el chato Barrios, hijo del carbonero de la esquina, el más feo y desarrapado alumno de la escuela.

En nuestros corazones de rapazuelos de cinco años influía la elegancia en sumo grado, y veíamos a Isidorito, no como un simple condiscípulo, sino como a un ser colocado en más alta esfera. Su traje nuevo, su cuello enorme y blanquísimo, la corbata de seda, el cinturón de charol brillante con hebilla de metal, las medias restiradas a rayas azules, las botitas hasta media pierna, el pelo rizado *ad hoc* y los diminutos guantes, hacían de él un héroe de la fiesta. . . . Con razón parecíamos los demás un atajo de indios, mal vestidos, mal peinados y con una actitud de gentes sin educación.

El Sr. Quiroz le hacía un cariño y daba conver-

sación a la familia en actitud de hombre juicioso, cruzando los dedos, dando vueltas al pulgar, semi-inclinado y con leve sonrisa que entreabría sus labios. Borbolla, incomodado por el estrecho jaquet y la corbata refractaria a guardar el sitio conveniente, abría el piano, sacudía las teclas, y al sonar un *mí* bemol por casualidad, reinaba el silencio; veía el eclesiástico el reloj y *tín*, sonaba el timbre, oíase ruido de sillas y bancas, cruzábamos los brazos al sentir la severa mirada de Borbolla, que con el mayor disimulo apretaba los labios, y con los ojos parecía decirnos: compostura, señores.

Poníase en pie el Sr. Quiroz y leía la memoria que terminaba siempre con estas frases:

«Réstame sólo, respetable público, daros las gracias por la asistencia a esta solemnidad, y en particular a aquellas personas (la niña Peredo y el flautista Armenta) que han contribuido con sus altas dotes a la solemnidad del acto. He dicho.»

Mirábamos a Borbolla para ver si era tiempo de aplaudir, y aplaudíamos con rabia lanzando un ¡viva! al Sr. Quiroz, que respondíamos nosotros mismos.

Stella confidente, leía el eclesiástico en un papel pequeño, y la niña Peredo, con voz trémula que parecía arrancada por nervioso dolor, gorgoreaba la fantasía. Tornábamos a ver a Borbolla y aplaudíamos lanzando el ¡viva la señorita Peredo! que se nos había enseñado.

«Fábula en francés por el niño Isidoro Cañas». Nuestro director palidecía, Borbolla dejaba que se pronunciara la corbata y la familia de Isidorito se conmovía, avanzaba el muchachito, miraba a todos lados, sacudía la cabeza poniéndose en el pecho el rollo de papel atado con un listón y gritaba:

Maitre carbó sur un abre perché. . . tenet á son bec, in fromage. Cada palabra acompañábala con un ademán especial: parecía arrancarse un botón del sa-

co, dándose antes un golpe de pecho, y al concluir sonaban nutridos aplausos; abría la boca el eclesiástico, respiraba el señor Quiroz, sonreía Borbolla, se refugiaba Isidorito en las faldas de su madre y gritábamos: ¡viva el niño Cañas!

Desde ese momento Isidorito era el héroe y lo besaban las señoras cuando, tropezando, podía apenas cargar los grandes libros que había merecido como premio. . . y envidiábamos a Isidorito.

Mención honorífica, leía Borbolla con voz clara, al alumno Rito Barrios, y oíase en las bancas estudiantiles un rumor: «ándale, chato, chato Barrios, a tí te toca», pero el muchacho no se atrevía a pararse y había necesidad de que Quiroz, con voz amable, le dijera:

—Señor Barrios, acérquese usted. . .

Y un muchacho descalzo, de blusa hecha girones, mordiéndose un dedo, arrastrando el sombrero de peltate y viendo a todos lados con cara de imbécil, cruzaba el salón: las gentes lo miraban con lástima, los niños con desprecio, y unos ojos empapados en lágrimas lo seguían, los de una mujer que ocupaba la última fila, perdida en la multitud: su madre; y el chato Barrios, aquel modelo, en el último grado del desconcerto, olvidando público y lugar, pegaba la carrera de la mesa a su asiento.

Me acuerdo que sentía no sé qué dolor, no sé qué tristeza al mirar a Barrios, inexplicable amargura de cosas aun no comprendidas, cuando paseaba mi observación de niño, ya de Isidorito al Chato y viceversa. Isidorito, que vestía bien, Isidorito, que decía una tontería y no le pegaban; Isidorito, que estudiaba menos; Isidorito, que usaba reloj, y el Chato, que llegaba al colegio antes que otro, el Chato, que aprendía la lección en un segundo; el Chato, que vivía en una carbonería; el Chato que iba al colegio de balde, el Chato. . . que era muy infeliz.

He visto, después de muchos años, aquellos *diplomas*: el de Isidorito se ostenta sobre el bufete de un abogado, su padre, encerrado en un marco desdorado, como si acusara una ironía del ayer comparado con el hoy, denunciando el favoritismo de otra época y la imbecilidad actual, que es la cualidad notable de mi antiguo compañero de escuela. Alguien me dijo, no lo sé, que los premios del Chato iban al Empeño, y ese Chato es un muchacho de traje hecho girones, que estudia en libros prestados, vive en un suburbio, jamás falta a clase y parece prometer. . . . Cuando tal me dicen, pienso en el pasado, porque no ignoro cuál es la vida del que no posee más que un libro y un mendrugo, lucha por elevarse del cieno en que vive, perseguido por esa amargura que se encarna en todos los enemigos de la pobreza, pero me consuela saber que de ese barro amasado con lágrimas, de esa lucha con el hambre, de esa humillación continua, de esa plebe infeliz y pisoteada surgen las testas coronadas de los sabios que, os lo juro, valen más que esos muñecos de porcelana, esos juguetes de tocador, que en la comedia humana se llaman Isidorito Cañas.

EL RELOJ DE CASA

Al Sr. Licenciado don Eduardo Ruiz.

I

Una lámpara con velador verde difundía su penumbra en la vasta biblioteca, y arrojaba un círculo de luz intensa al libro abierto sobre la mesa. Se adivinaban en los estantes las apretadas hileras de libros, cuyos dorados rótulos brillaban con pálido reflejo, clareaban los pergaminos, prendían su nota clara los legajos en lo alto de los estantes, confundidos allá con grandes cajas de cartón vacías, mapas enrollados, rollos de periódicos aventados al azar y cubiertos por el polvo parduzco, que es el sudario de los papeles viejos.

Las sonoras tarimas estaban apolilladas, pero limpias, roto el pasillo de jerga, pero bien barrido; opaco el barniz de la mesa monumental a fuerza de trapearla diariamente, sobre ella se hacinaban los volúmenes y los papeles, descollaba aquí el candelero